

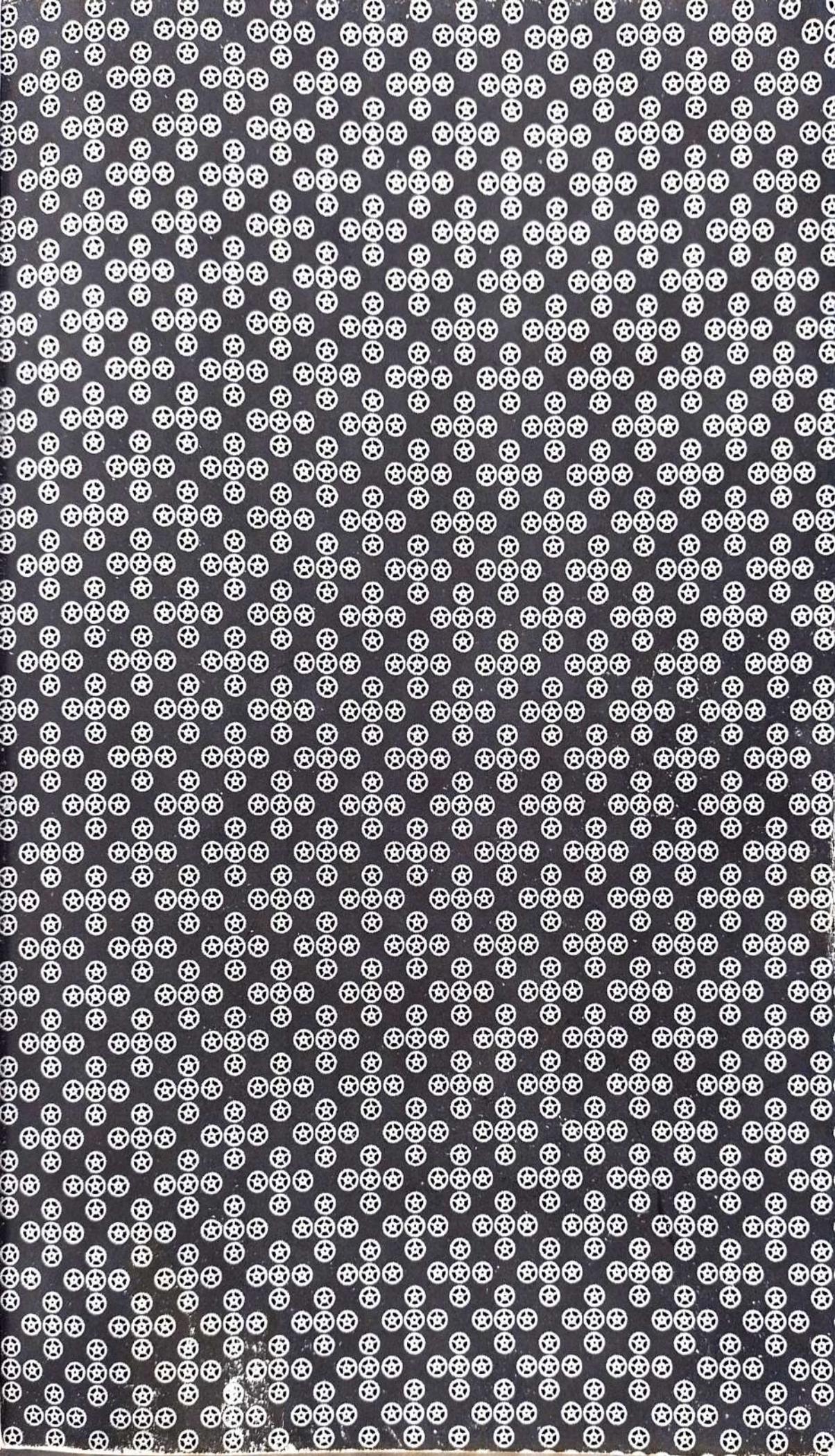
El Diario (1837-1861)

VOLUMEN I

Traducción de
Ernesto Estrella

Capitán Swing®

HENRY D. THOREAU



El Diario (1837-1861)

Henry David Thoreau

VOLUMEN I



El Diario (1837-1861)

Henry David Thoreau

VOLUMEN I

Introducción de
Damion Searls

Traducción de
Ernesto Estrella

Título original:

The Journal (1837-1861)

© De la edición y la introducción:

Damion Searls

© De la traducción:

Ernesto Estrella Cózar

© Del prefacio:

John R. Stilgoe

© De esta edición:

Capitán Swing Libros, S. L.

c/ Rafael Finat 58, 2º 4 -28044 Madrid

Tlf: (+34) 630 022 531

contacto@capitanswinglibros.com

www.capitanswinglibros.com

© Diseño gráfico:

Filo Estudio - www.filoestudio.com

Corrección ortotipográfica:

Viviana Paletta

Primera edición en Capitán Swing:

Marzo de 2013

Impreso en España / *Printed in Spain*

EFCA S.A., Torrejón de Ardoz (Madrid)

ISBN: 978-84-940985-3-6

Depósito Legal: M-5942-2013

Código BIC: FA



Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

Esta obra ha sido publicada con una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Cultura para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual.

Índice

Prefacio (John R. Stilgoe)	7
Introducción (Damion Searls)	13
Sobre el texto y lecturas sugeridas	27
Primera Parte: Fragmentos espigados.....	41
Segunda parte: <i>Diario</i>	77

Prefacio

John R. Stilgoe

«**A** Pine Hill a por castañas.» Y, en el camino, se encuentra con una mujer y un niño, inmigrantes irlandeses, doblados por el peso de la leña que transportan. Gente del Viejo Mundo en apariencia, pero realizando, en gran medida, «el trabajo de las indias nativas». Otro día, «Al nido del búho. Las crías de los búhos han desaparecido». Punto final. Las crías han echado a volar. Pero al día siguiente, anota una pregunta: «¿Y si sintiéramos un ansia que ningún pecho pudiera saciar? Camino solo». Después, algunas reflexiones sobre la frivolidad, la sociedad y la superficialidad de ciertas personas. El último día de septiembre, una divagación sobre el color de las hojas: «El fresno blanco tiene ya su matiz otoñal de mora». Y luego, algo más: «Pasa con las hojas igual que con las frutas y con los bosques, los animales y los hombres; cuando están maduros, aparecen sus distintos temperamentos». Y al día siguiente, otra cosa, junto a las vías del ferrocarril: «Acabo de poner a un esclavo fugitivo —quien había tomado el nombre de Henry Williams— en uno de los trenes que van a Canadá».

Hallamos aquí las reflexiones privadas de un observador solitario, el hombre extraño de Concord: «Los avispones, las hienas, y los babuinos no son una maldición tan mala como la existencia de hombres de tal calaña» —decide Thoreau, una mañana de principios de otoño. Pero él mismo sabía que había circunscrito su vida y enfocado su energía dentro de los límites de Concord, caminando por sus lindes en su trabajo de agrimensor, y cruzando el terreno como si fuera un visionario que se ha nombrado como tal a sí mismo: «Yo he trazado un círculo encantado alrededor

de mi hogar, para luego caminar, no con Dios, sino con el diablo. Soy del todo consciente del momento en que he traspasado esa línea».

¿Qué línea? Conocía los límites del pueblo, y sabía lo suficiente como para mirar más allá, para ver «colinas cercanas como las de Nobscot y Nashoba», o el destello distinto que otros disfrutaban bajo la luz del sol. Conocía los caminos, las sendas y los atajos, las vías del ferrocarril y los ríos en los que remaba, patinaba y nadaba. Conocía la línea que dividía sus objetivos privados de los de «los hombres mezquinos y estrechos de mente», a los que desdénaba, como cuando uno de ellos entre un grupo de sesenta le dijo que quería comprar un terreno para cultivar, cuando podría haber plantado árboles frutales hace ya treinta años. Arrogante, altanero, observador, pero, a menudo, dudando de sí mismo, escribía para su propio disfrute, asegurando que «casi todas las biografías y diarios de Nueva Inglaterra (la de John Adams no es una excepción) me afectan como si estuviera abriendo tumbas». Y las tumbas a las que se refería estaban en el cementerio de Concord, no en Luxor.

El invierno lo llevaba a meditar sobre el trabajo que hacía con su *Diario*. Se movía por la casa, de una ventana soleada a otra: «Mi *Diario* es esa parte de mí que, de otro modo, se derramaría y desperdiciaría». Pero quizá no, como parece decirnos luego. Otro día de invierno, nos da esta visión del libro: «Tomar notas de algunas experiencias elegidas para que mi propia escritura me inspire, y en un momento dado, pueda crear *todos* con estas partes». Escribir un diario no es hacer periodismo, sino que es una «profesión definida», que rescata del olvido detalles y verdades. «La contemplación del cuadro sin terminar puede sugerir el resultado final armonioso», donde cada pensamiento, «un huevo en su nido» tiene un largo periodo de incubación. «Reflexiones que, por azar, acaban juntas, y que se convierten en el marco desde el que se puede desarrollar y exhibir aún más. Este es quizás el valor más importante del hábito de la escritura y de llevar un diario: para recordarnos nuestras mejores horas y estimularnos de ese modo.» Y también en enero, pero años más tarde, algo similar pero no del todo idéntico: «Cuando llevamos un diario

de nuestras caminatas y pensamientos, parecería que vale la pena el registrar los fenómenos que, en el momento, nos resultan más interesantes». Y así es. «Así es el tiempo.» El tiempo. Que le da forma al mundo de Concord, a los asuntos de los granjeros y de los vagabundos, con el ciclo de sus estaciones, los colores de todo, la caída de la luz y de la sombra: el tiempo. Hay mucho en este diario sobre el tiempo, incluyendo el tiempo que puede verse a través de la ventana, pero también el que cruza el propio manuscrito, y, en todo tipo de tiempo, las huellas de Henry David Thoreau, el hombre que «se sigue la pista a sí mismo» en las páginas de su diario, y al que le preocupaba la cuestión de «cuánto hay fuera de mi circunscripción».

Las caras le molestaban. «Por la noche, fui a una fiesta. No es un buen lugar: treinta o cuarenta personas, casi todo mujeres jóvenes, en un cuarto pequeño, caldeado y ruidoso.» Mujeres ruidosas, mujeres guapas. Todas mezcladas, confundidas en el estruendo del charloteo. «Rara vez miro a la gente a la cara» —concluye, antes de hablar de un encuentro mucho más agradable con un viejo granjero en el bosque, en el que granjero y escritor de diario terminan comiendo queso y galletas saladas juntos. Pero luego, unos meses después, las caras y la mirada, de nuevo: «Cuando un hombre me hace una pregunta, lo miro a la cara. Si no veo búsqueda en ella, no puedo responderle». Y no lo hará. «Su cara no expresaba más curiosidad hacia mí o más relación conmigo que con el pastel de natillas.» Thoreau rehuía las fiestas y los encuentros públicos, así como el resto de la «maquinaria de la sociedad moderna», y llevado de lo que en su *Diario* llama una melancolía otoñal, se refugiaba en el bosque, en la soledad. «La compañía de mujeres jóvenes es la menos provechosa de las que he frecuentado. Son tan ligeras y tan frívolas que uno nunca está seguro de si están ahí o no están.» Como ocurre con los búhos, las mujeres están a menudo ausentes. En las páginas del *Diario*, flotan caras, arremolinándose como hojas en el ambiente nevado de Concord. Flotan más rápido cuando hay lluvia. «Aquí un día lluvioso, que me obliga a quedarme en casa.» Aquí tenemos a Thoreau en bruto, entrando en colisión y llevando su registro, y no al autor pulido de un libro sobre la vida al borde del estanque de Walden.

«El hombre se cuelga numerosos signos por los que podemos reconocerlo.» Aquí hay signos, no todos ellos claros. «Bañarse es un lujo indescriptible. Sentir el viento contra tu cuerpo, la corriente de agua sobre ti, lavándote; este día de calor es un extraño disfrute físico.» Nadaba, y luego se colocaba en la confluencia del río fresco y del estanque más cálido. «Cuando lancé mi brazo en un lugar que solo tenía dos pies de profundidad, el brazo estaba en las aguas cálidas del estanque, pero mi mano en las aguas frías del arroyo». Otro mes de julio, años más tarde: «Cuando me sostengo cubierto hasta la barbilla, siento que el agua, en el fondo, está bastante más fría, pero el lecho arenoso resulta, para mis pies, mucho más caliente que el agua. El calor atraviesa el agua sin ser absorbido demasiado por el agua». La experiencia sensorial provoca la alegría y hasta el éxtasis para el que existe el *Diario*, según observa en una ocasión. Mientras caminaba por una colina, sintió el olor del poleo, así que se desvió, siguió el rastro del perfume y encontró una planta pequeña, solitaria, aplastada. Examinaba también armas de fuego. Con gran precisión. «Estuve echándole un vistazo al rifle de Sharp y a sus revólveres, un Colt, un Maynard y un Thurber.» Algunos tienen un gatillo y una acción más suave que los otros. «El último dispara más rápido (bajo una presión firme), pero con menos puntería.» No es tan agradable para la mano, se dispare o no. En un día cálido de diciembre («un verdadero veranillo de San Martín»), «el caminante transpira» y disfruta de su transpiración; un noviembre, años más tarde, el tiempo «deja los dedos helados» y el aire es tan «estimulante y saludable» que se le ocurre lanzar piedras sobre los primeros hielos. Y cuando llega ese noviembre, el escritor del diario tiene una dieta diferente, evitando la carne, el té, el café, etc., porque «parece más hermoso vivir con baja intensidad y comer de modo parco». Pero el cambio modifica de nuevo su paladar y su dieta: «Siento que soy menos especial», y «me he vuelto más rudo e indiferente», palabras más de un glotón que de alguien que anda con la azada y se alimenta de habichuelas.

«Todo esto y más lo verás si estás preparado para verlo, si lo buscas», anota en una mañana lluviosa de noviembre, mientras caminaba por Poplar Hill, ante lo que le parece podría ser una

colina cualquiera. Mira con precisión, discierne las «copas de rojo brillante y las ramas de los olmos escarlata», y deléitate. «Si no, a pesar de que este fenómeno es universal y habitual, pensarás, durante treinta y tres años, que el bosque, durante esta temporada, está marchito y es de color marrón.» Y así, se nos aparecen no las señales, sino el que pinta las señales, el colorista de la palabra, el filósofo práctico de manos quemadas por el hielo. «Los objetos nos quedan ocultos, no porque estén fuera de nuestro campo visual sino porque no hay intención, en la mente y en el ojo, de dirigirse a ellos.» Y emerge así uno de los elementos centrales del *Diario*. «No nos percatamos de cuán lejos o con qué amplitud, o qué cerca y con qué estrechez, debemos mirar. Es por esto que la mayoría de los fenómenos de la naturaleza permanecen, para nosotros, ocultos durante toda nuestra vida.» El *Diario* se convierte en un prisma. «Los objetos que una determinada persona ve desde la cumbre de una colina difieren de los que verá otra persona, tanto como dichas personas son diferentes entre sí.» El Trascendentalismo avanza con dificultad por el fango, cojea sobre el hielo, colina arriba, en campo abierto o en el interior de los días de mal tiempo. El Trascendentalismo ralla, raspa y trabaja. «El olmo escarlata debe estar, en cierto modo, en tu ojo, cuando avanzas.» La mente es, en realidad, su propio bote de pintura, su propio hallazgo, el lugar mismo donde se crea el descubrimiento de plantas raras, y el agente disfrazado que acecha a la espera de esclavos fugitivos, oculto en el almacén del ferrocarril.

«Ahora, los colores son: arriba, azul claro (¿dónde está mi cianómetro? Saussure inventó uno, que Humboldt utilizaría en sus viajes); el paisaje, bermejo y verduzco, moteado por tierras labradas del color del cervatillo, con pinos verdes y olmos rojos o grises entremezclados, y el agua, aquí y allá, de un azul oscuro o color pizarra.» Así, esta aparición, un primero de mayo, avivada por «una fragancia fuerte y estimulante» que viene de los prados frescos. Pero Thoreau conocía los límites de las palabras, e incluso los límites del ojo disciplinado y avizor. «Tenemos a mano un lenguaje adecuado para describir cada hoja que hay en el campo, o, al menos, para distinguirlas entre sí, y no poseemos el que nos permitiría describir un carácter humano.» Pero las páginas que

siguen perfilan a Thoreau, dándonos su autorretrato frente a un espejo borroso, lo que incluye pasajes extensos, desesperados, que lo involucran, como el que comienza con «En una ocasión le prendí fuego al bosque». Aquí hallamos el color de Thoreau, allá su color iluminado y sombreado por el paisaje que lo rodea, por la sociedad de Concord, y por el telégrafo que trae noticias del tiempo en Nueva York y en Portland, un cable de telégrafo que, en realidad, no estaba fuera de sus límites.

«De buena gana haría dos anotaciones en mi *Diario*; la primera, para registrar los incidentes y observaciones del día de hoy; y luego, mañana, para revisar esta primera y anotar lo que se me había pasado antes, que, a menudo, es la parte más poética e importante.» Eso es lo que escribió, después de décadas llevando un *Diario*, todavía meditando en la experiencia que había tenido, en lo que había anotado, y en lo que se había convertido dicha anotación al ponerse mustia como las manzanas de invierno. «Es una costumbre el que las cosas y los hombres de hoy nos aparecen más claras, más verdaderas, en la memoria de mañana.» La escritura del *Diario* conjura el hiper-realismo, provocando una lucidez y un filo en las formas que, una y otra vez, corta, cada vez con más profundidad. «A menudo, el recuento más verdadero y más interesante de cualquiera de mis aventuras ocurre pasados algunos años, pues ya no estoy confundido, y solo los hechos cruciales sobreviven en mi memoria.» Lo que sigue no es la memoria de Thoreau sino la mina de su memoria, su almacén privado de incitaciones, las notas personales de su lata de pintura, y el registro del acto de creación y de escritura que suponen dichas anotaciones. «Ahora comienzo a recolectar manzanas silvestres» —interrumpe, en una entrada de septiembre. Y aquí está su cosecha.

Introducción

Damion Searls

En 1837, David Henry Thoreau, tenía veinte años. Pronto comenzaría a hacerse llamar Henry David, aunque nunca se cambió el nombre legal u oficialmente, y a lo largo de toda su vida, en Concord mucha gente lo seguiría llamando «David Henry», algo que Thoreau, tozudo, siempre les corregía. Estaba recién licenciado de Harvard, donde el 31 de agosto Ralph Waldo Emerson había pronunciado su provocadora conferencia «El investigador americano» como bienvenida a los estudiantes de la fraternidad Phi Beta Kappa. No se sabe si Thoreau asistió a la conferencia, pero es seguro que la leyó y asimiló, pues ya en abril y en junio había tomado prestado de la biblioteca el manifiesto *Nature*, de Emerson. Una vez Thoreau hubo regresado a su casa familiar en Concord al llegar el otoño, la relación entre ambos hombres comenzó a hacerse más cercana y habitual. A partir de ese momento, Thoreau vivirá durante toda su vida con su familia, con la excepción de una breve estancia en Nueva York, el par de años en la residencia de los Emerson mientras Raph Waldo estaba en sus giras de conferencias, y, claro está, los dos años, dos meses y dos días que pasó en la cabaña que él mismo había construido en el terreno para leña que Emerson tenía en el estanque de Walden. Y quizá más importante que cualquier otra de las cosas que le pasaron en 1837, es el que Thoreau comenzará a llevar un diario: «¿Qué estás haciendo ahora? —me preguntó. ¿Llevas un diario? Así que hoy escribo mi primera entrada». Y sin duda, la tercera persona de esta primera entrada es Emerson.

El diario de Thoreau comenzó como una libreta de apuntes —entre otras que ya tenía— para citas, mini-ensayos y poemas.

A menudo, arrancaba páginas para utilizarlas como bocetos para sus libros, conferencias y ensayos. Por ello, la primera docena de años del diario (cronológicamente más de la mitad) nos han llegado de un modo fragmentario, a veces, incluso en redacciones posteriores. Así ocurre, por ejemplo, con los dos primeros volúmenes, de 546 y 396 páginas, ninguno de los cuales ha sobrevivido, pero de los que Thoreau había hecho una limitada selección de entradas que copió en 1841 bajo el título de «Fragmentos espigados. O lo que el tiempo no ha cosechado de mi *Diario*». Pasó la década de 1840 puliendo su talento y arte como escritor, y publicó en 1849 un libro, *A Week in the Concord and Merrimack rivers*, que supuso un fracaso comercial que le llenaría de deudas (algunas de las consecuencias prácticas de este fracaso quedaron descritas en la memorable entrada del 28 de octubre de 1853). Como consecuencia de ello, trató de redirigir su vocación como escritor y sus ideas sobre el sentido de ser un autor o el significado de publicar. Sobre 1850, las entradas del diario, ahora fechadas consistentemente, comienzan a ser habituales. En lugar de arrancar páginas, mantiene los volúmenes intactos, hace marcas en los márgenes y copia los pasajes que le interesan en otras libretas, trazando líneas verticales sobre los textos que ha copiado. El diario deja de ser un cajón de sastre y se convierte en *El Diario*: una investigación de la vida en su cotidianidad, una exploración de las estaciones y de la relación que uno mismo tiene con la naturaleza. Un libro híbrido e imposible de completar, pero, aun así, un libro con pleno derecho, con su propia ecología.

Este *Diario* no es, desde el punto de vista literal, lo que Thoreau escribía cada día, pues a menudo escribía las entradas desde notas de campo, días después, y, como las notas y referencias a pie de página muestran, también volvía pasados algunos años sobre entradas antiguas para añadir o conectar elementos. Sobre todo, el *Diario* supone un registro de lo que él y la Naturaleza han hecho en un día determinado y de cómo dichas acciones se han afectado las unas a las otras. A lo largo de su vida, Thoreau descubrió una nueva especie de besugo, perfeccionó las técnicas de fabricación de lápices, y anticipó también técnicas para la cosecha de arándanos. Pero sus descubrimientos mayores y más

duraderos son los referidos a la interacción entre los diferentes sistemas: cómo las estaciones afectan a los niveles del agua; cómo los animales diseminan las semillas; cómo una generación de árboles sigue a la anterior en su crecimiento; cómo el lago afecta a la ribera o el río a los bancos del río; y, de un modo central, sobre todo, cómo el estilo de vida que llevaba modeló a Henry David Thoreau y viceversa. Emerson tuvo cuatro hijos, fue un conferenciante aclamado, le era fácil entrar en contacto con otras personas, y escribió sobre la idea de la Autosuficiencia. Thoreau nunca se casó, no se le conocen amantes, y tenía, por naturaleza, un carácter arisco, defensivo y poco amable, y, a pesar de ello, la comprensión más profunda y apasionada que encontramos en su escritura es la referida a los ámbitos de la conexión y la relación. Concord no es solamente el asunto para un juego de palabras al inicio de *Walden*, sino que es también el tema principal de Thoreau. Aun así, esta dicotomía en el carácter de ambos hombres parece demasiado perfecta. Emerson, por ejemplo, dejó a su mujer enferma y a sus cuatro niños pequeños al cuidado de Thoreau para embarcarse en una gira por Europa en 1847. En ese momento, le escribe fríamente a Lidian: «Intuyo claramente que esta trampa de la soledad no me va abandonar jamás». Entretanto, Thoreau le escribe que «Lidian y yo somos magníficos caseros. Para mí, ella es como una hermana querida... El joven Eddy Emerson me preguntó muy seriamente el otro día si quería ser su padre». Así que resulta un misterio más profundo de lo que a primera vista podría parecer este modo en que la atención hacia lo externo y hacia lo interno se entremezclan en estos dos hombres. Thoreau escribe sobre otros con empatía y con una sorprendente capacidad perceptiva (convecinos del pueblo, trabajadores pobres irlandeses, esclavos fugitivos a los que ayudaba a enviar hacia al norte, a Canadá), y, en un sentido profundo, su escritura, *Walden* especialmente, le habla al lector con una extraordinaria intimidad, pidiéndonos y recordándonos algo que algunos rechazamos y que otros disfrutamos. Pienso en la cabaña de Thoreau, y en el cuarto forrado de corcho de Proust, como los dos lugares icónicos de la comunión literaria, donde el corazón del lector está siendo arado con una mirada introvertida hacia

la soledad. (También Proust comenzó como seguidor de Emerson, e incluso en un momento dado pensó en traducir *Walden* al francés; y cuando leía fragmentos traducidos por otra persona, los alababa diciendo lo siguiente: «Parece que uno los estuviera leyendo desde dentro de uno mismo, de tal modo nacen de lo más profundo de nuestra experiencia íntima».)

En ese sentido, el propósito del *Diario* de Thoreau no era simplemente el reunir cuantos detalles y hechos fuera posible, sino el dar más con qué conectar a su inteligencia vinculadora y analógica, más material para «convertir en poesía», como él diría. Los lectores de Thoreau, o sus críticos al menos, estuvieron un poco lentos a la hora de captar esta calidad de síntesis. A pesar de que se le ha reconocido al *Diario* su importancia como cantera de información biográfica, como terreno de pruebas para otros trabajos de Thoreau, y como almacén de una de las mejores escrituras sobre la naturaleza existentes en lengua inglesa, no fue hasta los años ochenta que el *Diario* comenzó a considerarse como una obra literaria en sí misma. Ha habido numerosas ediciones de fragmentos escogidos del *Diario*, pero es un libro al que este tipo de selecciones no le va bien, pues su naturaleza es, por encima de todo, rítmica: la marea extensa del año y su reflujo, y los ritmos más raudos que provoca el errar de Thoreau de tema en tema. Este libro —la edición en un solo volumen más extensa publicada hasta el momento— ha sido concebido como un compendio, no como una selección. Su meta es mantener el ritmo que el *Diario* tiene en su versión completa.

Hay libros a los que una versión abreviada les hace poca justicia, y, sin duda, mucho de lo que es esencial en este, se pierde: su alcance, su magnitud, su cotidianeidad. No hay modo de perfilar o simplificar la experiencia de exponerse al hecho de que Thoreau, escribió un ensayo bastante extenso sobre los acontecimientos del día, día tras día, y mes tras mes, cuyo resultado mensual oscilaba entre las 80, 100 o 120 páginas. Su vida —como en una ocasión dijo Hans Richter en relación con Kart Schwitters— tenía, cada día, más incidentes que la guerra de Troya, y cualquier recorte de, digamos, el 23 de junio de 1852, de sus nueve páginas a una o dos, sería una pérdida irremediable. Dicho eso, la premisa

y el requisito de esta edición es la idea de que todavía hay mucho de lo esencial del *Diario* que sí que sobrevive al compendio.

Dado que mi objetivo principal ha sido el mantener el pulso del *Diario* como libro independiente, he evitado las breves notas biográficas o explicativas, de modo que esta edición se pueda, simplemente, leer, pues el volumen ya es largo de por sí. La información suplementaria puede encontrarse con facilidad en otras fuentes. Tampoco he dividido el *Diario* en meses o años, pues no se trata realmente de un anuario o de una crónica. Las pausas para tomar respiro son útiles, de todos modos, así que he dividido el libro en capítulos, cuya interferencia he pretendido que sea mínima al hacerlos corresponder con los volúmenes físicos del manuscrito original de Thoreau. (El volumen dieciséis de los manuscritos que nos han llegado, el cual marca el momento en que comenzó su práctica intensiva de escritura de diario, lleva el rótulo de «II», el volumen previo, el de «III», y no ha sobrevivido volumen que lleve el rótulo de «I»). En la segunda parte de esta edición, que empieza con el capítulo III —esto es, dentro de lo que ya es el *Diario* en sí— los números de los capítulos y los títulos ocasionales son los que Thoreau le dio a cada uno de sus volúmenes físicos originales.

Los primeros años del *Diario*, donde este era más un cuaderno de notas (y cuyo carácter es diferente del resto), sí los he reducido de un modo más drástico. A pesar de todo, creo que se ha exagerado acerca de las diferencias en la escritura de Thoreau. Estamos ante la misma mente siempre dispuesta a la asociación, solo que con un semillero de hechos, desde los que trabajar y entre los que explorar las conexiones, mucho más fino, de modo que el resultado es más afectado y más «literario». Es solo cuando la experiencia de Thoreau, y la del *Diario* en sí mismo, incrementaron su tamaño y su magnitud, que este pudo comenzar a usarlo plenamente.

«Este es quizás el valor más importante del hábito de la escritura y de llevar un diario.... Una vez recogidas, al azar, unas cuantas reflexiones disconexas, que luego quedan superpuestas, se me sugiere un nuevo terreno en el que trabajar y pensar. El pensamiento engendra al pensamiento» (22 de enero de 1852).

Los últimos años del *Diario*, por otra parte, han sido a veces desechados como demasiado cargados de hechos, demasiado científicos, no suficientemente literarios o filosóficos. Esto, según pienso, es del todo falso. Thoreau mantiene la misma atención de siempre en hacer que los hechos resulten interesantes, y en ver estos hechos en relación consigo mismo y con otros. Es solo que sus notas son más detalladas, más específicas que las que tú o yo pudiéramos hacer, de modo que su paciencia irrita a aquellos que no la comparten, como en el caso del granjero que lo vio pasar un día entero observando a las ranas toro. Pero es precisamente a causa de la paciencia de Thoreau que los animales venían a él. Y también las ideas.

Las estaciones son de gran importancia para Thoreau, y por ello he tratado de mantener el balance entre sus largas caminatas veraniegas y sus periodos más intensos de lectura durante los inviernos en que quedaba atrapado por la nieve. También los meses eran importantes para él: su primer libro estaba organizado en torno a una sola semana, y el segundo, *Walden*, en torno a un año. El proyecto masivo en el que Thoreau estaba trabajando en los últimos años de su vida, y al que a veces denominaba como su «Kalendar» (siguiendo a John Evelyn), habría cubierto casi la totalidad del ecosistema —su «economía» en palabras de Thoreau— de Concord. En ese sentido, he estado atento a que hubiera un grupo de meses menos abreviado de lo que lo está el resto, representación del calendario de Thoreau con un mes de marzo extra para retomar el año:

Marzo 1853
Octubre 1857
Noviembre 1858
Diciembre 1856
Enero 1855
Febrero 1860
Marzo 1859

Abril 1856
Mayo 1852
Junio 1851
Julio 1852
Agosto 1854
Septiembre 1851

Este conjunto de páginas continúan una especie de libro dentro del libro, y pudieran ser leídas con provecho por su cuenta. Aun

así, están abreviadas, pues esos trece meses completos darían lugar a un volumen dos veces más largo que el presente libro. Dejan ver, de todos modos, en forma bastante completa, lo que abril, o julio, o el glorioso octubre significaban para Thoreau. Y, por supuesto, a fin de cuentas, son los días lo que reside en el corazón de cualquier diario. A muchos lectores, entre los que me incluyo, les gusta leer la entrada que corresponde al día en el que estamos, lo que es una buena manera de hojear y recorrer este libro. No obstante, son raras las ocasiones en que he podido salvaguardar la entrada completa de un día, que normalmente tiene ocho, diez o quince páginas. Cuando sí lo he hecho, he marcado con mayúscula la fecha al inicio de la entrada; por tanto, cualquier entrada con la fecha en minúscula es más breve que la entrada original de ese día, incluso en el caso de entradas extensas, como la del 30 de agosto de 1856, que aquí tiene seis páginas y en el original doce.

Siguiendo el arco completo del *Diario* de Thoreau, me percaté del cambio en las zonas de interés de Thoreau. Así, por ejemplo, durante los años en que estaba interesado en las tortugas, he tratado de mantener bastantes entradas referidas a las tortugas. También, me he esforzado que haya textura suficiente como para mostrar, por ejemplo, su depresión y la disminución en su escritura tras la publicación de *Walden* en 1855. A esto me refiero cuando digo que he tratado de hacer un compendio de la totalidad, y no simplemente una selección con los «fragmentos buenos». Hay numerosos fragmentos espléndidos en este libro, claro está, pero la cuestión es que no son tan buenos cuando los sacamos de contexto. Para dar un ejemplo, «el azulejo lleva el cielo a sus espaldas» (abril 3, 1852) es una frase magnífica: el azulejo aparece con la primavera, así que puede decirse que la trae, y viceversa. Thoreau invierte la relación causa efecto para enfatizar las interconexiones y provocar una poderosa rima visual que capta el entusiasmo con el que le daba la bienvenida a la primavera después de la carga del pesado invierno de Nueva Inglaterra. De las cuatro ediciones importantes de fragmentos escogidos del *Diario* en un solo volumen, previas a esta, dos de ellas nos dan únicamente esta frase para el 3 de abril de 1852, los otros omiten el día. Yo decidí mantener, además, otro párrafo —con su sol y su paisaje lleno de luz, y el reflejo

de la hierba y Thoreau situándose a sí mismo en la «espalda» de la colina—, pues una cierta alquimia que proviene de estos detalles es lo que dio lugar a la intuición poética.

Para resumir una décima parte de la letra y mantener aún el espíritu, he tenido que reducir no solo entradas, sino párrafos y hasta frases, o incluso partes de algunas frases, para luego empalmar el resto. Algunos de estos cortes tienen la intención de hacer el texto más legible. Así, puesto que esta edición da cuenta suficiente del uso de la terminología botánica en Thoreau, omito los nombres científicos en latín de alguna de sus listas de observaciones. También, paso por alto algunas alusiones oscuras en lugar de anotarlas a pie de página. Las referencias cruzadas de Thoreau toman, a menudo, la forma arcaica de «*vide 19th inst.*», y aunque no he omitido el «*vide*», no he visto que tuviera sentido el mantener «*inst.*»; e igual ocurre con otros casos parecidos. La mayoría de los cortes se deben, de todos modos, a una cuestión de espacio, y no han sido ocasionados por la idea de cambiar el tono. Por ejemplo, Thoreau menciona, casi cada día, la dirección y la duración de sus caminatas; yo solo he mantenido las menciones suficientes como para dar una imagen clara del conjunto. He reducido algunos de sus listados más extensos, e indicado entre paréntesis la extensión de lo que ha quedado omitido. He concentrado las treinta y nueve páginas que dedica a John Brown (19-22 de octubre, 1859) en unas pocas líneas poderosas, para luego mantener las referencias a Brown en entradas posteriores, mostrando así la profundidad de ese vínculo. La entrada del 6 de septiembre de 1858 tiene catorce párrafos, y yo solo he mantenido medio párrafo, eliminando cuatro frases de la parte central, así como lo que aparece aquí entre paréntesis: «Es mucho más grande de lo que pensaba; todavía abundan en él las flores; de unos cuatro pies y medio de alto, (hojas, quizás arundináceas, de dieciocho pulgadas de longitud; la panoja, de nueve pulgadas)». En estos casos, y a lo largo de todo el libro, el objetivo de mis intervenciones editoriales era dejar que el *Diario* de Thoreau hablase, lo más posible, por sí mismo. Por ello, más que llamar la atención sobre estas omisiones, marcándolas como elipsis en el texto, lo que le daría una apariencia de retazos, dejo que

realicen su trabajo en silencio. (El lector interesado siempre puede comparar las entradas con el original de Thoreau; para dicha información bibliográfica, puede consultarse la sección «Sobre el texto y lecturas sugeridas»).

Quizá sería útil el estudiar con más detalle uno de los ejemplos. La entrada del 23 de mayo de 1853, que tiene cuatro páginas y media, ha sido reducida a una sola página en esta edición. Corto la referencia a la hora y dirección («Al Estanque de la Iglesia»), elimino un primer párrafo general («El poeta debe llevar a la naturaleza un espejo pulido en el que esta pueda reflejarse... No hay genio que pueda reprocharle el importar el marfil que luego va a ser su material de trabajo»), sobre asuntos que aparecen convenientemente expresados en otras partes de esta edición, y elimino asimismo el inicio del día y sus detalles: «La verónica diminuta (*V. arvensis*) que hay en la casa de Mrs. Hosmer es idéntica a la que hay en los Cliffs; también, junto a su vereda, en el riachuelo, esta la suave *V. serpyllifolia*. Es el quinto día de viento. Viento de mayo, viento que limpia. ¿No tenemos siempre, después de los primeros chaparrones de trueno y relámpago, una tormenta de mayo?», junto con un par de frases más. He mantenido la frase relacionada con los altramuces que sigue al pasaje sobre «el *sabor* de mis pensamientos», para indicar la presencia de hechos concretos y evitar demasiada sentenciosidad, pero he omitido el resto del párrafo: «La *ageratum* se abrirá quizá mañana o al otro. Desde hace tiempo, al diente de león y al *cerastium* le han brotado las semillas; visiones otoñales. No he visto todavía ningún roble blanco, roble bicolor o castaño en plena floración». Sigue otra media página eliminada, sobre los escarabajos geotrópidos, los arbustos de avens y una fragancia «como si los valles fueran platos inmensos llenos de fresas, como si nuestras caminatas recorrieran el borde de esos platos». En mi segundo párrafo he eliminado la frase que aparece abajo entre paréntesis, no porque estuviera mal, sino porque el resto podía sostenerse perfectamente sin ella:

Trébol blanco. Veo cómo el púrpura claro de la rhodora aviva el borde de los pantanos; otro color que el sol va a desteñir. (Desde

lejos, es un matojo hermoso, y, elevándose por entre las plantas de pieris, produce un espectáculo admirable a causa de su abundante floración y la ausencia de hojas.) ¿No es la flor o arbusto más vistoso y colorido? Las flores son los colores diversos de la luz del sol.

Y finalmente, mi último párrafo (el antepenúltimo en la entrada completa de Thoreau), elimina también las frases que hay entre paréntesis:

Una abundancia de polygala con flecos, de un blanco puro, muy delicada, junto al camino que hay en el vado lleno de barro cerca de la casa de Harrinton. Así, muchas flores tienen sus hermanas monjas, vestidas de blanco. En el bosque de Loring, escuché y vi una tångara. ¡El contraste de un pájaro rojo con los pinos verdes y el cielo azul! Incluso después de escucharlo, y de buscarlo, y finalmente encontrar a este maldito individuo sobre la ramita muerta de un pino, aun así, quedo estupefacto. (Parece que les encantan los pinos más oscuros y más densos). Ese rojo increíble, con el verde y el azul, como si fueran la trinidad que estamos buscando. Pero la tångara paga su color con su canto ronco. Me siento transportado, este no es el bosque en el que normalmente deambulo. (Hunde Concord en su pensamiento.) ¿Cómo acrecienta la fiereza y la riqueza del bosque? Este pájaro y la polilla pequeño pavón son los fenómenos tropicales de nuestra zona. (Hay calidez en la melodía del atrapamoscas, pero el color y el canto de la tångara nos hablan de Brasil.)

Las monjas de blanco que aparecen tras «los colores diversos de la luz del sol» de antes, la trinidad y la vaga alusión a Cristo con el color sangriento de la «tångara», la «fiereza y la riqueza del bosque», y el hallazgo de fenómenos tropicales incluso en Nueva Inglaterra es lo que creo que había que preservar de este párrafo. Ahora bien, prestar demasiada atención a lo que no está incluido, podría darle a esta edición una apariencia pobre (tal y como lo es, en comparación con las 7.000 páginas del original), pero lo que espero es que el lector que llegue, digamos, a la página 200 de este libro, no sienta tal carencia.

Como cualquier otro diario, el de Thoreau es repetitivo, lo que sugiere lugares naturales en los que abreviar el texto, pero dichas repeticiones son precisamente lo que hay que mantener si queremos salvaguardar el pulso y el sentimiento de un diario, especialmente el de Thoreau. He dejado fuera muchas de las repeticiones de Thoreau pero, siempre que ha sido posible, las he mantenido, pues son importantes para él y, además, son hermosas. A veces se repite porque está esbozando, revisando, construyendo frases lo suficientemente sólidas como para durar varios siglos. A veces se repite porque el sonido de los grillos o la apariencia de la luna o la miseria de noviembre le han golpeado de nuevo. Imagino que dichos informes repetitivos eran de su gusto, siendo una persona que valoraba tanto el hábito y el carácter. A veces, sospecho, copia sus propias palabras simplemente porque le gustaba copiar. Es imposible que los libros de apuntamiento¹ de una persona alcancen el millón de palabras —y se trata solo de los que nos han llegado, a lo que habría que añadir un *Diario* de dos millones de palabras, y una enorme cantidad de escritura variada— sin que dicha persona esté poseída de un amor absoluto hacia el acto de sentarse con un lápiz en la mano, un libro impreso y una libreta en blanco abiertos enfrente suya. Thoreau era escritor, y re-escritor. *Walden* tuvo siete versiones previas a la versión final.

Para concluir, debiera decir que este compendio no pretende ser objetivo. Los pasajes incluidos, no lo son por su importancia para la biografía de Thoreau, o para la historia cultural o natural, sino porque me gustaron. El libro está conformado por mis inclinaciones personales tanto como por cualquier otro factor: mi preferencia por el cultivo de bayas frente a la pesca, por los búhos frente a las ratas almizcleras, por el hielo frente a las puestas de sol, por nombrar unos cuantos ejemplos al azar. Thoreau siempre insistió en que su acercamiento personal era el modo más verdadero, el único, en realidad, de responder al mundo:

¹ En el original, los «Commonplace books» o «Commonplaces», que aquí traducimos como «Libro de apuntamiento», y que se refiere a los cuadernos, habituales desde el Renacimiento, en que quedaban recogidas citas ajenas, poemas, observaciones propias, de sentido práctico o más reflexivo. En español, el concepto podría también entenderse como «libros de miscelánea». (*N. del T.*)

La causa por la que los naturalistas tratan tan raramente sobre el color es porque les resulta indiferente; no lo entienden. Pero el que ama las flores y los animales le saca un gran partido a los colores. A alguien a quien le gustan los gatos no le es indiferente el que uno sea gris o negro, pues el color expresa su carácter. (Octubre 1861).

No existe la observación puramente objetiva. Tu observación, para que sea interesante, esto es, para que sea significativa, debe ser *subjetiva*. El resultado final de lo que un escritor de cualquier clase tiene que comunicar es, simplemente, algo de experiencia humana... El hombre de ciencia mejor es el hombre que está más vivo (6 de mayo de 1854).

Con la intención de preservar el carácter del libro de Thoreau, por tanto, no he tratado de disimular que me gusta. Era menos importante el ser objetivo que involucrarme y estar despierto ante lo que el libro me estaba provocando según lo leía. Así es como leía Thoreau también:

He leído que la corriente del Amazonas es fuerte, pero que el viento siempre sopla en dirección contraria a la de la corriente. Esto suena demasiado bien como para ser verdad (23 de julio de 1860).

Se le puede ver, incluso cuando estaba profundamente enfermo, imaginándose a sí mismo en el río, y puede uno sentir cómo estaba viviendo lo que leía.

Y hasta aquí las explicaciones. «Respecto a la crítica, el hombre nunca debe mostrar indulgencia hacia el hombre: no hay nada que excusar, nada que tener en cuenta. El pasado está todo aquí, presente, para tantearlo; que se apruebe a sí mismo si puede» (5 de noviembre de 1839). Este compendio es un «registro de mis descubrimientos», como Thoreau decía de su *Diario*, y pretende ser lo suficientemente amplio como para permitir que los lectores hagan también sus propios descubrimientos.

Sobre el texto y
lecturas sugeridas



La edición definitiva académica del *Diario* está siendo publicada, en 16 volúmenes, en la serie «The Writings of Henry D. Thoreau» de Princeton University Press. Hasta el momento, han aparecido siete volúmenes, cada uno de los cuales tiene un coste de cien dólares. El material que no está aún en libro, puede ser consultado en internet en http://thoreau.library.ucsb.edu/writings_journals.html. Esta edición es la única fidedigna para los investigadores, y contiene una cantidad considerable de material temprano hallado o reconstruido después de que apareciera la edición de 1906. A pesar de ello, no hay modernización alguna del texto —ni siquiera han retocado la puntuación casual de Thoreau—, así que no resultaba tan conveniente para la presente edición. Hay algunos nombres propios que quedaron eliminados en la edición de 1906, por consideración hacia personas o familiares que aún estaban vivos, y que emergen en la edición de Princeton. También, así sucede con un dibujo algo procax, suprimido en 1906 y restaurado a su lugar original gracias a la copia del *Diario* de Thoreau que hay en la Morgan Library de Nueva York. Quiero agradecer aquí a Elizabeth Witherell, editora de «The Writings of Henry D. Thoreau», por su ayuda.

A Year in Thoreau's Journal: 1851, con una magnífica introducción de su editor, H. Daniel Peck (Penguin Classics, 1993), nos presenta, en forma accesible, un año completo y sin abreviar proveniente de la edición del *Diario* de Princeton.

Las cuatro ediciones en un solo volumen de fragmentos escogidos del *Diario* que menciono en mi introducción son las siguientes: *The Heart of Thoreau's Journals* (Dover, editado en 1927 y reeditado en 1954 y en 1961), de Odell Shepard; *H. D. Thoreau: A Writer's Journal*, de Lawrence Stapleton, con una magnífica introducción (Dover, 1960); *The Selected Journals of Henry David Thoreau*, de Carl Bode (Signet, 1967); y *I to Myself: An Annotated Selection from the Journal of Henry D. Thoreau*, de Jeffrey S. Cramer (Yale University Press, 2007), que es la edición más extensa, con numerosas anotaciones, aunque con apenas la mitad del texto contenido en nuestra edición, y, desde mi punto de vista, a menudo inclinada a privilegiar la información histórica frente al *Diario* en sí. El libro de Walter Harding, *Selections*

from the Journals (Dover, 1995), tiene solo cincuenta y cinco páginas. Hay, claro está, muchas otras colecciones de fragmentos que siguen líneas temáticas, dedicadas a los montes, a los gatos y a los perros, etc. También hay varios blogs dedicados al *Diario* de Thoreau.

Otros escritos sobre Thoreau

Walden es su obra maestra. *Wild Fruits*, editado por Bradley P. Dean y publicado por primera vez en W. W. Norton en el 2000, es una reconstrucción, extraída en su mayor parte del *Diario*, de uno de los ensayos tardíos que Thoreau dejara incompleto a su muerte: un libro maravilloso y la mejor indicación sobre hacia dónde se dirigía la escritura de Thoreau al final de su vida. En *The Maine Woods* está su mejor escritura de viajes.

De los ensayos, mi favorito es «Wild Apples», un intenso ensayo tardío, que al mismo tiempo es prueba de lo inalteradas que estaban las facultades del último Thoreau, y de su persistencia en integrar los hechos de la naturaleza con los del espíritu. Es parte de *Wild Fruits*, pero aparece disperso entre el texto principal y los apéndices. Se lee mejor en cualquiera de las colecciones de ensayos de Thoreau en que aparece. Algunos de los ensayos que se mueven en el mismo terreno que el *Diario*, serían: «Autumnal Tints», «Huckleberries», «Slavery in Massachusetts», junto a los tres ensayos que dedicó a John Brown.

Entre los numerosos lugares de consulta en el internet, el más fiable es www.library.ucsb.edu/thoreau/.

Biografías

El reciente libro de Robert Sullivan, *The Thoreau You Don't Know* (HarperCollins, 2009) es una buena y vivaz introducción a Thoreau y a su periodo, útil especialmente para aquellos que llegan a Thoreau con la impresión de que, básicamente, era una persona gruñona y desagradable. *The Days of Henry David Thoreau*

(Princeton University Press, editado en 1965, y reeditado en 1982 y 1992), por Walter Harding, es la mayor crónica existente sobre los acontecimientos y hechos históricos. El libro de Robert D. Richardson, Jr., *Henry David Thoreau: A Life of the Mind* (University of California Press, 1986), es la mejor fuente para comprender las lecturas y el pensamiento de Thoreau, así como el contexto intelectual del *Diario*.

Cronología

1817. David Henry Thoreau nace el 12 de julio en Concord, Massachusetts. Hermanos: Helen (nacida en 1812), John (nacido en 1815) y Sophia (nacida en 1819).
1835. Contrae tuberculosis, enfermedad que sufrirá durante toda su vida y que será, finalmente, la causa de su muerte.
1836. Imparte clases con Orestes Brownson, el transcendentalista más radical desde el punto de vista político: un reformador duro y defensor de los trabajadores que propugnaba la idea de destruir los bancos y abolir la herencia de bienes. Se publica *Nature*, de Emerson.
1837. Se licencia de Harvard College y vuelve a Concord durante el «Pánico de 1837», una crisis económica nacional cuyos efectos durarían muchos años, con quiebra de bancos, ejecuciones hipotecarias y desempleo. Logra un trabajo como maestro, pero renuncia a él después de ser informado de que debía utilizar el castigo corporal con sus estudiantes. Comienza su participación, que durará toda su vida, en el negocio familiar de lápices y granito; sus mejoras hacen que los lápices Thoreau se convirtan en los lápices de más calidad en América. Hawthorne publica *Twice-Told Tales*. Octubre 22: comienza su *Diario*.
1838. Abre una escuela privada, con su hermano John. Henry da clases de latín, griego, francés y ciencias; la escuela enfatiza el

razonamiento y las excursiones al campo frente a la memorización mecánica.

1839. Henry y John se enamoran de una chica de 17 años, Ellen Sewall. El 31 de agosto, Henry y John salen en un viaje de dos semanas por los ríos Concord y Merrimack. John le propone matrimonio a Sewall, quien lo acepta, pero su madre la convence de romper el compromiso. A continuación, Henry le propone también matrimonio, por carta, y es rechazado. «Nunca me he sentido tan mal al mandar una carta en toda mi vida», diría Ellen más tarde.

1840-1841. Publica sus primeros ensayos y traducciones; momento cumbre de sus esfuerzos por escribir poesía.

1842. John se corta con una cuchilla el 1 de enero, contrae tétanos, y muere, en los brazos de Henry, el 11 de enero. Henry sufre los síntomas psicológicos del tétanos de un modo tan severo que su familia teme por su vida. Se recupera. Pero el hijo menor de Emerson, Waldo, que Thoreau había ayudado a criar, también muere. La muerte de John es probablemente la pérdida mayor que Henry sufrió en su vida. Hawthorne, trece años mayor que Henry, se muda a Concord y se hacen amigos.

1843. Después de publicar dos ensayos sobre la naturaleza, que tuvieron buena acogida, se muda a Staten Island durante siete meses, donde se convierte en tutor privado del sobrino de Emerson y donde intenta ganarse la vida como escritor en Nueva York. A menudo enfermo, echando de menos su hogar, e incapaz de conseguir un empleo estable relacionado con el mundo literario, se vuelve a Concord.

1844. Provoca, accidentalmente, un fuego que quema una gran parte del bosque de Concord.

1845. El 4 de julio, se muda a una cabaña que había construido en el terreno para leña de Emerson, cerca del estanque de Walden.

- Permanecería ahí durante dos años, dos meses y dos días.
Mantiene contacto habitual con sus amigos y con su familia.
1846. Pasa una noche en la cárcel al negarse a pagar sus impuestos, experiencia central para su ensayo más influyente «Resistance to Civil Government» o «Civil Disobedience» (1849).
1849. Helen, la hermana de Henry, muere de tuberculosis. A *Week on the Concord and Merrimack Rivers*, ampliado y re-concebido como libro a la memoria de John, aparece publicado. Emerson lo había animado a que costeara el libro, pero luego escribe una reseña poco entusiasta. El libro es un fracaso comercial. Thoreau comienza a trabajar habitualmente como agrimensor para pagar sus deudas.
1850. Por estas fechas, reconsidera el proyecto de su *Diario*. Hawthorne publica *The Scarlet Letter*.
1851. Se encoleriza con la aprobación del «Fugitive Slave Act» y se involucra cada vez más en el «Underground Railroad». Aparecen *The House of the Seven Gables*, de Hawthorne y *Moby-Dick*, de Melville.
1852. Se publican *The Blithedale Romance*, de Hawthorne, y *Uncle Tom's Cabin*, de Stowe.
1854. Aparece *Walden*, que tiene un éxito moderado, lo que aumenta las posibilidades de trabajo como conferenciante y le crea un amplio círculo de admiradores.
1855. Se publica la primera edición de *Leaves of Grass* de Whitman.
1856. Un viaje largo a Perth Amboy, New Jersey, como agrimensor; conoce a Whitman, quien le da una copia firmada de *Leaves of Grass*.

1859. Muere su padre. Henry se hace cargo del negocio familiar. El asalto de John Brown a Harpers Ferry. Thoreau le había oído hablar y le había dado dinero, y ahora realiza un discurso apasionado ante una amplia audiencia en Concord, Worcester y Boston; organiza y habla en un acto conmemorativo, en Concord, el día de la ejecución de Brown, el 2 de diciembre; también ayuda a escapar a Canadá a uno de los miembros fugitivos del grupo de Brown.
1860. Lee *Origins of Species*, de Darwin, alguna de cuyas ideas él ya había elucubrado por su cuenta. Contrae un resfriado que deviene en bronquitis y en su enfermedad final. Probablemente fue la gripe, contagiada por Bronson Alcott el 29 de noviembre, tras lo cual pasaría la noche del 3 de diciembre discutiendo sobre John Brown hasta la madrugada en lugar de descansar.
1861. La enfermedad empeora. Viaja a Minnesota en el verano, como último intento para mejorar su salud, pues se suponía que el clima seco era bueno para los problemas pulmonares. De vuelta a Concord, incapaz de salir de casa con demasiada frecuencia, pasa sus últimos meses revisando y anotando referencias cruzadas en su *Diario*, compilando más de 750 páginas de listas y cuadros extensos referidos a numerosos fenómenos estacionales, y trabando sus últimos ensayos, los libros *The Maine Woods* y *Cape Cod*, y los trabajos que serían eventualmente publicados como *Faith in a Seed* y *Wild Fruits*.
1862. Cuando le preguntan si ha hecho las paces con Dios, responde: «No sabía que hubiéramos reñido». Muere el 6 de mayo, a los 44 años. Sus últimas palabras fueron «alce» e «indio».

Personas mencionadas frecuentemente en *El Diario*

R. W. E. o E.: Ralph Waldo Emerson, mentor, patrón y amigo de Thoreau.

Emerson: Se refiere normalmente no a Ralph Waldo, sino a George B. Emerson, el autor del *Informe sobre los árboles y arbustos de Massachussets*.

Gray: Asa Gray, autor del reconocido *Manual de Botánica del Norte de los Estados Unidos*.

W. E. C. o C: (William) Ellery Channing: El compañero habitual de Thoreau en sus caminatas y excursiones.

Sophia: La hermana de Henry, con la que compartía muchas de sus aficiones, compañera habitual en las caminatas y excursiones en bote, activista antiesclavista, botánica y editora de los manuscritos de Henry tras su muerte.

La identidad de otras personas viene dada en una breve mención en el texto cuando no queda clara por el contexto. Los notas a pie de página y las cursivas que aparecen entre paréntesis en el cuerpo del texto son mías; el resto de las notas a pie de página y acotaciones entre paréntesis son de Thoreau.